

# El alfabeto de las hadas

Relato: Alejandro Riera Guignet  
Ilustraciones: Alicia Vel







**M**e llamo María. Tengo seis años y hace unas semanas me pasó algo muy bonito y un poco raro también.

Todo empezó con la caída. A mí me gusta mucho jugar junto al lago. Voy con mamá y papá. Y ya casi patino tan bien como ellos. Ese día no patinábamos, sólo paseábamos junto a la orilla. Yo estaba muy contenta porque al día siguiente era el baile de navidad del colegio. Me había preparado un número muy bonito y tenía en casa un vestido de gasa con una falda de bailarina. Pero no vi el agujero y me caí. Me dolió mucho. Aún me duele cuando me acuerdo.

Fue como un pinchazo muy fuerte y no podía levantarme. Papá me llevó en brazos y llamaron al doctor, un señor con barba muy viejo, pero simpático. Al ver mi pie, el doctor dijo una palabra que no había oído nunca: “escayola”. Y me envolvieron la pierna. Se puso dura como

una piedra y tan pesada que casi no podía levantarla. Me dijeron que daba igual porque debía estar quieta en la cama. Así que me quedé en la cama, pensando en el baile, mirando mi vestidito colgado en el armario y mirando mi pierna escayolada con muchas ganas de llorar. Estaba tan triste que creí que nunca volvería a sonreír.

Mamá intentó consolarme pero no pudo. Papá tampoco. Hasta Micifuz se acercó con sus ojos de vidrio y su cola ondulante. Le abracé fuerte, pero no me sirvió de nada. No veía a Micifuz, ni a mamá ni a papá, sólo a ese vestidito suspendido delante de mí como una bailarina invisible. Entonces lloré. Lloré mucho, recordé mis ensayos, la música, la ayuda de mamá... y todo para nada. “¡Escayola!”, grité. “¡Escayola!” repetí como si fuera una palabra fea. Y para mí lo era. Para mí era la palabra más fea del mundo.

“¡Escayola!”, palabra fea. Frente a “Baile”, la palabra más hermosa del mundo.

Creo que, entonces, me dormí.

Me desperté de golpe en plena noche. Me asusté mucho. La noche me da miedo, todo está negro. Esa vez no era así: todo brillaba y relucía entre las sombras. Miré hacia la ventana: era la luna. Con su luz había creado un mundo nuevo, un mundo secreto sólo para mí, un mundo blanco y hermoso. Recordé, entonces, mi vestidito de bailarina y miré al armario abierto: ¡Ya no estaba! Me asusté, a veces hay ladrones que roban las cosas de más valor... a lo mejor había entrado en mi cuarto mientras dormía. Eso me asustó aún más y me escondí bajo las sábanas. Entonces me di cuenta: llevaba puesto mi vestido de bailarina. Ya os dije que es una historia un poco rara y la verdad es que me asusté un poquito. Me asusté aún más cuando vi que ya no tenía la escayola en la pierna. Moví un poco el pie, primero los deditos y luego el resto, no me dolía... yo estaba encantada y me senté en la cama. Entonces oí la brisa en la ventana. Unas voces murmuraban una palabra una y otra vez... eran unas voces de cristal, claras y sonoras... y repetían la palabra una y otra vez como si fuera una canción... estuve escuchando un rato en la oscuridad y, al final, comprendí la palabra: “María” llamaban desde fuera, “María” susurraban unas mujeres con sus labios invisibles.

La verdad es que me asusté un poco. Las voces eran dulces y suaves como la cola de Micifuz o los ojos de mamá, pero era muy tarde y era un poco raro... Pensé en llamar a papá y me puse de pie. ¡Podía caminar! Las voces volvieron con más fuerza “¡María!”, “¡María!”, “¡Ven con nosotras!”. Se oían junto a la ventana. Me asomé sólo un poquito y, entonces, las vi tras el cristal.



**E**ran muchas lucecitas que se movían en la noche. Parecían mariposas. Yo he visto mariposas en el campo. Papa me las ha enseñado. Pero no eran mariposas. Tenían sus alas de colores pero eran como chicas muy pequeñas. Eran muy bonitas. Para verlas mejor abrí la ventana y entraron algunas e iluminaron la habitación de rosa, amarillo y esmeralda. Bailaban al son de una música lejana, una música que era como un murmullo. Y, mientras bailaban, cantaban mi nombre “María”, “María”. De repente, me noté ligera, como si no pesara. Las lucecitas me tomaron de las manos y de la falda y noté enseguida el viento de la noche, un viento cálido y agradable. No tuve miedo. Sonreían mientras me llevaban. Sonreían y seguían cantando “María” “María”.



Cuando me dejaron en el suelo reconocí el lugar: era el lago helado. El hielo brillaba como un arco iris por la luz de mis amigas. Eran luces rosas, azules, verdes que giraban y giraban en el aire. La música era preciosa y los brillos, poco a poco, se posaron sobre el hielo. Entonces, se cogieron de la mano y formaron un corro de luz sobre el lago. Algunas me llamaron y yo las tomé de la mano. La música sonó, de nuevo,

más hermosa que nunca y, entonces, empezó la danza de las hadas.

Ahora me acuerdo poco de los pasos del baile. Sólo recuerdo que bailaba con ellas, que seguía sus pasos más aéreos, más hermosos, y que me deslizaba, como ellas, sobre el lago reluciente trazando formas mágicas que quedaban grabadas en el hielo como mensajes dirigidos a la noche.





Fue Micifuz el que me despertó con su lengua de lija. Mamá y papá aparecieron preocupados y tristes en la puerta. Era el gran día. El día del Baile del colegio. Con sorpresa, descubrí mi pierna, escayolada, de nuevo. Al verla tan grandota, tan fea, me puse a reír. Papá y mamá se miraron sorprendidos. Pero si yo era feliz, ellos lo eran conmigo. Además mis amigas podrían firmarme la escayola después del baile.

Al salir a por el coche hacía mucho frío. Papá me llevó en brazos y me dejó en el asiento de atrás. Me quedé con la pata tesa sobre la banqueta y miré mi escayola. Era blanca como la nieve y unos surcos que parecían ríos la atravesaban por todas partes. Recordé, entonces. Miré el lago y vi la superficie: cientos, miles de surcos lo atravesaban formando un alfabeto misterioso. Mis amigas, las hadas, habían dejado su mensaje. Sólo unos pocos conocían su significado y yo era una de ellos.

<http://www.alejandrrieraguignet.com>

<http://www.aliciavel.com>

